

**“Haya en ustedes el pensar de Cristo Jesús”.***(Fil. 2:5)*

Fil. 2:5-11; Mt. 21:1-9

Hohenau,  
Cap. Miranda,  
Jesús.Texto: Filipenses 2:5-11

5 Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, 6 el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, 7 sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; 8 y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. 9 Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, 10 para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; 11 y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Sermón

¿Qué es el Domingo de Ramos? Es el primer día de la Semana Santa. Recordamos cuando Jesús entró en Jerusalén montado en un burrito, cumpliendo así una antigua profecía (Zac. 9:9). La multitud le dio la bienvenida diciendo “Hosanna” y las palabras del Salmo 118:25-26. De esta manera lo confesaban como el Mesías, el Rey de Israel.

Al día siguiente, el lunes santo, Jesús retornó al templo y encontró el patio de los gentiles lleno de comerciantes y cambistas haciendo grandes ganancias, al entregar monedas judías a cambio de dinero romano. Jesús los expulsó y volcó sus mesas (Mt. 21:10-17). El día martes, Jesús advirtió a la gente contra los fariseos. Predijo la destrucción del templo y les señaló a sus discípulos los eventos futuros, incluida su segunda venida en gloria (Mt. 21:23-24:51). El miércoles de la semana santa, no sucedió nada en especial; Jesús descansa, y se prepara para lo que está por venir. El jueves santo, en el aposento alto, Jesús se preparó a sí mismo y a sus discípulos para su muerte. Le dio a la Pascua del Antiguo Testamento un significado nuevo. Ya no se celebraría más la Pascua sacrificando el cordero y comiendo su carne, sino que ahora Jesús instituye el sacramento la Santa Cena, en el cual su verdadero cuerpo y sangre son dados con el pan y el vino para el perdón de los pecados, por ser él el Cordero de Dios. Después de cantar un himno, Jesús va con sus discípulos al monte de los olivos, a un huerto de nombre “Getsemani”. Allí Jesús oró en agonía, sabiendo lo que le esperaba. El viernes de madrugada, el traidor Judas llega al huerto donde Jesús y los demás discípulos se encontraban. Después de la traición de Judas, el arresto, el abandono de sus discípulos, el falso juicio; después de la triple negación de Pedro, de la condenación bajo el poder Poncio Pilato y el rechazo del propio pueblo de Israel; Jesús tuvo que llevar su cruz al lugar de la Calavera (el Gólgota, o Calvario), donde fue crucificado con otros dos prisioneros, como a las 9 de la mañana, muriendo finalmente alrededor de las 3 de la tarde.

Así es, a grandes rasgos, la semana de la pasión, o semana santa. Estos eventos describen la humillación de Cristo en nuestro lugar. Su Pasión y cruz, que él padeció, para salvarnos de la ira de Dios contra nuestros pecados; para rescatarnos del poder del diablo; para darnos vida y salvación eterna. Todo esto, que está relatado en los evangelios, lo describe y resume de manera excelente el Credo Apostólico, en el Segundo Artículo, que dice: “Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”.

El domingo de Ramos, nadie se esperaba que los hechos posteriores tendrían semejante desenlace. La alegría de la multitud, que exclamaba “Hosanna al Hijo de David”, no tiene lógica, al comparar lo que decían después, el viernes santo: “Crucifícale, crucifícale”. Era la misma gente, las mismas personas, quienes dijeron ambas frases. ¿Cómo imaginar que esta misma muchedumbre, cambiaría de opinión tan pronto, con tanta facilidad, y con tan marcado contraste?

Sin embargo, en eso podemos vernos reflejados nosotros, queridos hermano. Un día decimos “Te alabamos Señor”, y al otro pensar “Dios, ¿dónde estás? Somos ambivalentes los seres humanos por naturaleza. Cambiamos nuestra manera de pensar muy rápido. A veces, inclusive, nos contradecemos a nosotros mismos, y ni siquiera podemos saber por qué. Realmente, hay

momentos en nuestra vida que no nos podemos entender, que no sabemos por qué somos así. Quisiéramos ser diferentes en nuestro modo de pensar, o de actuar. Pero, ¿cómo es posible? ¿Qué referente, qué modelo podemos tener en cuenta para que nuestra manera de pensar ser mejor, inclusive, más cristiana?

A eso se refiere el apóstol Pablo cuando le escribe a los cristianos de Filipos: Hermanos, “haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Flp. 2:5). Pero san Pablo en realidad se refiere a lo siguiente: “Haya en vosotros, este *pensar* que hubo también en Cristo Jesús”. Haya en ustedes el pensar de Cristo Jesús. Como bautizados, no tengan un pensamiento y una conducta descuidada, o insensata, sino comprendan la voluntad de Dios. Mediante su buena conducta, y su juicio sensato, hagan callar la ignorancia de los insensatos o necios. Como dice el apóstol Pedro: “manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles... Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios” (1 Pe. 2:12, 15-16).

Haya en ustedes el pensar de Cristo Jesús; “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Flp. 2:6-8). Haya en ustedes el pensar de Cristo Jesús. Él no teniendo en cuenta su majestad divina junto al Padre y el Espíritu Santo, se encarnó, se humilló, sufrió y murió en la cruz. Él descendió a nuestra miseria humana. Él vio nuestro sufrimiento, nuestro dolor, y se compadeció de nosotros. No tuvo en cuenta que somos pecadores, sino que vino a los pecadores, a morir por los pecados de ellos. No tuvo en cuenta el olor podrido de nuestros pecados, sino que con el olor fragante de su sacrificio quiso morir en la cruz, para pagar por ellos.

De esta manera Cristo nos dejó la huella de una vida para que andemos en ella. “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 Pe 2:21). Feliz de ti, si puedes decir con el justo Job: “Mis pies han seguido sus pisadas; guardé su camino, y no me aparté” (Job 23:11). Es decir, el camino del sacrificio, de seguir a Jesús a pesar de las cruces de esta vida terrenal. Feliz de ti, cuando recuerdas en tus cruces que “nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Flp. 3:20-21).

Haya en ustedes el pensar de Cristo Jesús. Él no sólo se humilló a sí mismo, sino que “Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre,... y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp. 2:9, 11). La iglesia no debe caer en el pecado de la arrogancia, sino que debe asociarse con los humildes en espíritu (Mt. 5:3). No debemos apuntar tan alto en esta vida terrenal, que terminemos perdiendo de vista la vida celestial. De nada sirve cumplir reglas si no tenemos un corazón voluntario y responsable, una mentalidad unida a Cristo Jesús. Haya en ustedes el pensar de Cristo Jesús. Así ustedes también podrán poner en práctica la humildad de Cristo, Recíbanse los unos a los otros, así como Cristo los recibió en una sola santa iglesia cristiana, la comunión de los santos, por medio de la Palabra, el Bautismo y la Santa Cena. Tengan una sola mente y un solo corazón, tengan concordia entre ustedes, tengan comprensión. Y con ánimo pronto canten siempre juntos himnos a Dios, aquí en la iglesia como también en familia, en el hogar, para que toda “lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Haya en ustedes el pensar de Cristo Jesús. Concluyo con san Pablo, diciéndoles: Así que “hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros” (Flp. 4:8-9). Amén.